



Alfonso Calderón: 1900

Por Ignacio Valente



679160

El problema de las relaciones entre periodismo y literatura lleva las de nunca acabar. ¿Favorece o perjudica al escritor el escribir en diarios o revistas? Cuestión altamente superficial, que no tiene ni tendrá una respuesta general. Sólo hay casos y casos, tan diversos como la escritura misma. Es obvio que los apertros de prensa han estropeado el estilo de no pocos escritores nuestros. Pero también es obvio que la calidad literaria de autores como Daniel de la Vega, Alonso, Ernesto Montenegro, Joaquín Edwards Bello, Enrique Bunster, lleva el sello del periodismo, y la estupenda ligereza y fluidez de su lenguaje es inseparable de sus incursiones —o de su habitación definitiva— en el dominio de la prensa. El problema es esencialmente casuístico.

Alfonso Calderón es un caso interesante. Ha practicado la narración, es autor de poemas epigramáticos y sugerentes, se le deben innumerables prólogos que tienen la rara virtud de no ser inútiles, ejerce la crítica literaria con amabilidad y es un notable cronista. Hoy nos presenta una obra casi única en su género, literaria y periodística a la vez y, más aún, literaria en cuanto periodística y viceversa: 1900 (Editorial Universitaria), entretiendo mosaico de las costumbres de comienzos del siglo, apoyado en una enorme cantidad de ilustraciones de la época: fotografías, caricaturas, dibujos, grabados que nos hacen sentir visualmente cuánto ha cambiado el mundo en los últimos 80 años; abismo que la ágil prosa y la vasta documentación literaria y periodística de Calderón hacen todavía mayor, como si el umbral del 1900 perteneciera a una remota edad arqueológica, tanto más interesante cuanto más ajena a nuestra mentalidad.

El autor resume así su obra: "Mi noventaientos contiene lo que un cajón de sastre: el mundo de los conflictos de los héroes de Lotrain o de Decourcelle, el cristianismo medido con la vara de Quo Vadis?, las caricaturas de Sam y Carran d'Arche, la seducción de la Bella Otero, la fat de Madame Gauthier, la del retrato de Sargent; los advenantes de la condesa de Greffulh —a quien Proust convirtió en la duquesa de Guermantes—; al abate Mugnier —as del corazón humano—; a las heroínas de Prevost, en perpetua desahulla; a los deportistas de blanco, del tenis y del cricket, que se veían tan místicos y democráticos, según una observadora de época; al Art Nouveau, al Palacio de Hielo, al vals lento y al coque-weak, a las violetas de Parma, al Moulin Rouge, a los muebles artífices, a los locos voladores y al corset. Mucha alegría y escasa santidad".

No se piense en un ensayo literario ni en un relato costumbrista ni en una investigación sociológica. Se trata, propiamente hablando, de periodismo: de aquello tan conmovedoramente efímero y perecible de la prensa —y más aún, de la prensa de 80 años atrás—, que Calderón rescata con ojo literario, con la ternura de una memoria poética con prosa ligera y amena, y con una increíble documentación, no sólo periodística —de los diarios, revistas, folletines y libros de la época— sino también literaria: en cada párrafo la cita oportuna del escritor preciso, que lo delata como poseedor del fichero de notas de lectura más completo del país.

Yo resumiría las virtudes de este libro en una fórmula breve: las tres grandes modestias del escritor. La primera modestia se refiere al tema: no historia, ni siquiera petite histoire, sino más bien subhistoria. Calderón evoca por contraste a un héroe de Verne que jamás se permitió "ningún gesto superfluo": "todas estas páginas le contradicen, pues pueden reputarse únicamente como tal, debido a que me complacen sobornar las cuestiones insignificantes". No pocas obras serudas y eruditas nos muestran el estado del pensamiento, de la cultura, de la política alrededor de 1900; pero nada dicen del modo de vivir cotidiano, de las costumbres, espectáculos, diversiones, inventos, estados de ánimo y personajes de entonces. Modesto es un escritor que, a las grandes síntesis culturales, perfura la historia de los sombreros, el teléfono, el corset, los trenes, la moda, la publicidad, los bailes, las tertulias y noticiarios de ese mundo ya asombrosamente pretérito: las instituciones menudas y las formas de vida que cualquier historiador despreciaría por instantáneos. Pues bien, este libro respira el encanto de lo insignificante.

La segunda modestia es la desaparición del autor, su carencia de énfasis o de parcialidad de cualquier especie, su prurito de no decir con palabras propias lo que una cita de otro autor dice mejor, su constante afán de ceder la palabra a testigos u observadores más calificados o más brillantes. Las citas pueden venir de grandes como Ortega, Cocteau, Chesterton, Bourget, Shaw, Balzac, Gautier, Santayana, Proust, o de pequeños autores o periodistas de nombres olvidados. Entresaco al azar: "El que no ve en la moda más que la moda, es tonto". "El tonto era una vulgaridad en que raramente caía el Kaiser". "Los sindicatos echan a perder cualquier diversión". "Esas señoras inglesas que sus palabras 'mandan al extranjero para asustar a la gente'". "Mientras disponga de bríosos caballos, no pienso subir a una de esas apesadas carretas" (los primeros automóviles). "Mientras tengamos niebla, Inglaterra sobrevivirá". "Vivimos en el país más democrático del mundo. Nadie está exento de corrupción". Del siglo pasado: "Una gran época, a cuya transmudadora influencia nada había escapado, salvo la naturaleza del hombre y la naturaleza del universo". Y así hasta la última página.

La tercera modestia: si de no pocos autores nacionales que, con la experiencia, la memoria, el lenguaje y la documentación de Calderón, habrían caído redondamente en la tentación de escribir una gran novela de época, con lo cual hubieran malogrado las tres cuartas partes de este sabroso anecdótico, y nos hubieran aburrido con la parte final de su propia invención novelesca. A Calderón agradecemos justamente el que se haya contentado con el tono menor, con la anécdota efímera, con lo periodístico, con la gracia intrascendente, con el placer elemental de lo ameno, con el encanto de la reminiscencia frívola, con el amor por lo superfluo. No pasará a la historia de la literatura por esta hábil y personal síntesis de archivos y bibliotecas de toda especie. En cambio, regalará un excelente rato al lector, cosa que no siempre consiguen quienes pasan a la historia de la literatura.

Ormaiztegui, Santiago. 1-VI-1980. P.E.L.

Alfonso Calderón, 1900 [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Alfonso Calderón, 1900 [artículo] Ignacio Valente. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile